ALFONSO XI

EL JUSTICIERO

ALFONSO XI

el Justiciero

Juan Victorio

nowtilus

Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: Alfonso XI el Justiciero
Autor: © Juan Victorio

Copyright de la presente edición © 2008 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3°C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 9788497636131

Para Ana,
que me da fuerzas

ÍNDICE

Capítulo I 13
Capítulo II 17
Capítulo III 21
Capítulo IV 25
Capítulo V 27
Capítulo VI 31
Capítulo VII 33
Capítulo VIII 35
Capítulo IX 41
Capítulo X 43
Capítulo XI 45
Capítulo XII 49
Capítulo XIII 57
Capítulo XIV 61
Capítulo XV 63
Capítulo XVI 65
Capítulo XVII 69
Capítulo XVIII 73
Capítulo XIX 77
Capítulo XX 79

Capítulo XXI 81
Capítulo XXII 85
Capítulo XXIII 89
Capítulo XXIV 93
Capítulo XXV 97
Capítulo XXVI 99
Capítulo XXVII 105
Capítulo XXVIII 107
Capítulo XXIX 111
Capítulo XXX 117
Capítulo XXXI 121
Capítulo XXXII 123
Capítulo XXXIII 127
Capítulo XXXIV 131
Capítulo XXXV 137
Capítulo XXXVI 139
Capítulo XXXVII 143
Capítulo XXXVIII 147
Capítulo XXXIX 151
Capítulo XL 157
Capítulo XLI 159
Capítulo XLII 161
Capítulo XLIII 165
Capítulo XLIV 169
Capítulo XLV 171
Capítulo XLVI 175
Capítulo XLVII 181
Capítulo XLVIII 183
Capítulo XLIX 187
Capítulo L 189
Capítulo LI 193
Capítulo LII 197
Capítulo LIII 203
Capítulo LIV 207
Capítulo LV 217

Capítulo LVI 221
Capítulo LVII 223
Capítulo LVIII 227
Capítulo LIX 229
Capítulo LX 233
Capítulo LXI 235
Capítulo LXII 239
Capítulo LXIII 243
Capítulo LXIV 245
Capítulo LXV 247
Capítulo LXVI 251
Capítulo LXVII 253
Capítulo LXVIII 259
Capítulo LXIX 263
Epílogo 267

I

—Siento un gran desmayo. Parece como si mi cabeza se metiera en una nube y me trasportara por los aires, por los tiempos. Veo imágenes no con los ojos, sino con la memoria, con la nostalgia. No sé qué me está ocurriendo, pero lo cierto es que tengo sensaciones extrañas, como nunca las he sentido. Me noto sin fuerzas y los escalofríos me están azotando. Mi ánimo es invernal, y eso que brilla la primavera.

—Anímese, señor. Es solo un desfallecimiento pasajero…

—No, es otra cosa… Nunca he tenido estas sensaciones. Esto es otra cosa. Lo veo incluso en la cara de los que me rodean. Es muy raro cómo me miran. Parece que me estuvieran espiando, más que preocupándose por mi salud. Por eso te he hecho venir a mi lado. Quiero que escribas lo que te vaya diciendo antes de que mi cabeza se pierda en la niebla que me está envolviendo. Estoy empezando a creer que voy a desaparecer, que esta negra peste que está asolando el reino va a acabar también conmigo. Y el malestar que siento me desazona. Me inquietan las noches venideras sin promesa de amaneceres, tengo miedo al pensar que pueda abandonar a las personas que tanto quiero. Sí, me espanta la idea de ser

arrebatado de este mundo, me asfixia un temor que no sentí tan penetrante ni cuando entré en combate contra los moros en el Salado. Desaparecer para siempre… Para siempre… Sin que quede de mí la menor huella dentro de unos años, de unos pocos años. Tengo miedo a que llegue la próxima noche por si fuera la última de todas y, para agarrarme al día, quiero contarte mi paso por la vida. Quiero verme de nuevo acompañado de gente para no imaginarme absolutamente solo, volver a recorrer caminos haciendo cosas y borrar así la angustia que siento al pensar que acaso esté dando los últimos pasos, muy cerca de traspasar la puerta hacia la nada.

—Pero, señor, ¿para qué anticipar el dolor venidero por una muerte que no tenéis por qué ver tan cercana? Por otra parte, no estéis tan seguro de que exista la nada… Y si eso os atormenta, mejor será que os consoléis con el enigma.

—Pero no lo consigo. Pues tengo razones para pensar que sí existe. Si no podemos o no queremos ser conscientes de la nuestra, sí conocemos la de los demás. Reparemos en tanta gente perdida en el olvido pasado un tiempo… Adónde estén, qué les ocurra, son preguntas para las que no tenemos respuesta. El enigma de que me hablas no me consuela. Y me gustaría poder agarrarme a cualquier creencia para no caer en la desazón. Pues lo cierto es que, tan silenciosamente como se disipa el humo, quien muere acaba borrándose para los que viven… Al menos, eso creo yo… Muchas veces lo pienso… Quisiera que no fuera así, pero lo que yo pueda querer y creer no quiere decir que se produzca o no.

Y hablo de mí mismo: no hice nada por nacer y nací, como tampoco quiero morir y moriré. Y ahora mi cuerpo me desobedece y mi voluntad no me hace caso. Somos anuncio de la nada.

Así que, para evitar en lo que pueda ese tormento, quiero ahora recordar mi vida, volver a recorrerla. Y que tú, mi fiel secretario, me ayudes a concretar cosas que no he llegado a entender. Y que lo escribas todo. De esta manera, si

es que estoy en el umbral de la desaparición, que los que continúen viviendo sepan que habité la tierra y que lo que hice fue aquello que el destino me forzó a hacer.

—Advertid, sin embargo, que yo no soy el cronista oficial de la corte.

—Lo sé perfectamente, y por eso te hago a ti el encargo. El cronista oficial escribe una vez muerto un monarca. Y las cosas que no interesan al nuevo rey se callan o se deforman. Y más aún en mi caso: mi esposa me odia, mi hijo y sucesor me odia, muchos de los que me rodean me odian… Así que no quiero una crónica oficial, que puede desfigurarlo todo. Además, no deja de ser necrológica por cuanto todo en ella se expresa en pasado y con los protagonistas muertos. Por el contrario, quiero recordar yo mismo lo que ha sido mi vida. Ya te lo he dicho. Para agarrarme a ese pobre y desesperado consuelo. O acaso para irme sin tener que lamentarlo. Y, para eso, te he elegido a ti, a quien encontré en un día de caza.

—Me cazasteis a mí también.

—Estabas tumbado a la sombra de un árbol, con un cuenco de vino al alcance de la mano.

—Suelo estar así. Se ojea mejor. Yo ojeaba por si pasaba alguna serrana.

—No te inmutaste al verme.

—No sabía quién erais. No llevabais puesta la corona.

—Me ofreciste de beber, me invitaste a sentarme a tu lado.

—Os traté como se debe tratar a un hombre.

—Me interesaste con tu charla, en la que estaba ausente toda alusión a la riqueza, a la ambición. Parecías felizmente desengañado de todo aquello por lo que luchan quienes me rodean.

—Ya no era un joven, ni tenía familia que mantener.

—Comprobé que eras muy culto.

—Precisamente, eso también ayuda a no ser ambicioso, a sacarle a la vida lo bueno que nos pueda ofrecer. Eso ayuda a no equivocarse.

—Me cautivaste. Sobre todo, me impactó el hecho de que no me quisieras decir tu nombre, cuando es lo primero que me dicen quienes se presentan ante mí. No sé aún cómo te llamas.

—Eso da igual: llamadme como queráis. Mi nombre no me lo gané yo, sino que me lo impusieron. No soy de familia de alcurnia. Ni me han interesado mucho los linajes.

—Pero sí te impresionaste cuando supiste quién era yo.

—Así fue. Nunca había estado ante un rey, y vos erais muy querido por el pueblo. Había oído muchas cosas de vos, y todas buenas.

—Y añadiste que era un privilegio servir a un tal señor.

—Sí, pero me refería a serviros el vino que os ofrecí. No me entendisteis y creísteis que quería entrar a vuestro servicio. Y os dije que no sabría qué utilidad se le podía sacar a alguien como yo.

—Sabías escribir, y eso era lo importante. A mi alrededor ha habido muchas espadas, pero pocas plumas. O plumas de escaso vuelo. Eras el único desinteresado con el que me había tropezado. Y casi te tuve que obligar a venir conmigo.

—Sí. No pude negarme. Dicho esto, no estoy arrepentido: serviros significaba un honor y un placer. Y tampoco estaba mal saber cómo se vivía cerca del poder. Siempre había sospechado que el que está instalado en él pensaba y sentía diferentemente al resto de los hombres.

—Yo también he pensado en eso. Y me he preguntado continuamente quién es más afortunado, si el que está arriba o el que está abajo.

—Acaso el que está afuera.

II

—Y puesto que aceptaste venir conmigo, escribe. Como iba diciendo, de los que se me han ido apenas me han dejado rastro. De mi propio padre, el rey don Fernando, solo tengo constancia de que vivió. Ni un solo recuerdo, puesto que murió cuando yo tenía un año. Se puede decir que nací ya solo, puesto que de mi madre tampoco los guardo: murió poco después. Supongo que les dio tiempo para acariciarme alguna vez. Pero es muy triste tener que suponer esas caricias.

Sí tengo presentes las de mi abuela, doña María de Molina, a cuya custodia fui confiado. Ella fue mi verdadera madre. Era una mujer tan tierna para conmigo como enérgica para con los demás, cosa esta última que fue muy necesaria para el reino. A ella le debo las pocas horas dulces de mi infancia y de su boca sé lo que ocurrió en los momentos que precedieron y siguieron a mi nacimiento.

Fueron momentos muy agitados, como es normal cuando muere un monarca que tiene un hijo recién nacido y unos hermanos, mis tíos don Pedro, don Felipe y mi tío abuelo don Juan, no exentos de ambición.

Y mi padre muere, además, de forma muy sospechosa. A los veintisiete años. Según se dice, enfermó de una dolencia extraña durante una campaña contra los moros por el reino de Granada. Lo que me la hace sospechosa es que no solo no se quiso cuidar, sino que, además, y según se le recomendó, comía la misma cantidad de carne y bebía el mismo abundante vino, e incluso más que cuando estaba sano. ¿Se veía él, pues, tan enfermo? El caso es que un día fueron a despertarlo y lo encontraron muerto.

—Sí, es extraño, aunque no del todo anormal. Pero se corrió la voz de que se había cumplido la maldición proferida por dos caballeros a los que vuestro padre, al parecer, había mandado ejecutar injustamente. Estos dos caballeros le predijeron cuando iban a ser ajusticiados que en el plazo de treinta días se volverían a ver ante Dios. Y el día en que murió vuestro padre se cumplía justamente ese plazo.

—Así que Dios les iluminó para predecir la muerte de mi padre y no iluminó a mi padre para evitar esa injusta ejecución, ¿no es así? Patrañas, todo patrañas. Si esos dos caballeros hubieran sido adivinos, hubieran empleado sus artes para evitar ese juicio que tan pernicioso les fue. Esa maldición les pudo servir muy bien a ciertas personas para las que mi padre suponía un estorbo. Por todo ello me viene la sospecha de esa muerte. En cualquier caso, y como dije anteriormente, las crónicas son muy dadas a deformar los hechos.

Pues a su alrededor no faltaron los ambiciosos. Sobre todo, el Infante don Juan Manuel (yo le llamaría el Infame), alejado del trono y deseoso de él, intrigante desde que tuvo uso de razón, soberbio, egoísta, ególatra y cobarde. Sin olvidar a otro de su misma calaña, mi citado tío abuelo.

El caso es que, según me contó mi abuela, me alzaron rey inmediatamente después de la muerte de mi padre, cuando yo tenía exactamente un año y veintiséis días de edad. Mi primer juguete fue la corona, que se me impuso en

una ceremonia casi simultánea a la del enterramiento. Pasó de la cabeza de un difunto a la de un recién llegado a la vida. Supongo que se mezclaron la alegría y el llanto.

Desde luego, quienes no lloraron fueron aquellos Juanes, que vinieron a mi abuela para pedirle que se hiciera cargo de mi tutoría, y con ella la regencia, en vez de mi tío don Pedro, con el que estaban enemistados y del que podían temer lo peor, advirtiéndole que, de lo contrario, el reino conocería grandes revueltas.

Mi pobre abuela no aceptó la propuesta. Ya era mayor y ya había tenido que intervenir demasiado cuando se quedó viuda de su marido, el rey don Sancho, y también con mi padre. Así que decidió que el asunto se arreglara en unas cortes en donde se llegaría a un acuerdo entre los notables del reino.

—Me acuerdo muy bien de todo aquello, pues yo vivía entonces en Ávila, en donde estabais vos. Yo era entonces un mozalbete y quedé muy impresionado por el revuelo que se movió. En realidad, y según se decía, esas cortes dejarían de realizarse si alguno de los bandos se hacía con vuestra persona, cosa que intentó hacer don Juan, temeroso de que lo hiciera don Pedro en cuanto llegara. Para evitarlo, mis paisanos os llevaron a la catedral, que es lugar sagrado y bien fortificado, comprometiéndose a protegeros hasta que se dieran cita todos.

—Sí, se armó un buen revuelo y a punto estuvo de estallar una guerra entre los diferentes bandos. En fin, no vale la pena detenerse en detalles. Se llegó a una situación de compromiso y me nombraron como tutores a mi abuela, a mi tío abuelo don Juan y a mi tío don Pedro.

¡Mis tutores! ¡Como si les interesara mi persona, mi buena crianza, mi educación, el cariño que se le debe dar a un niño! Si se exceptúa a mi abuela, que sí me quería, a los otros solo les interesaba el poder… Si en lugar de ser persona hubiera sido cerdo, seguro que me hubieran hecho

trozos, como de hecho hicieron con el reino. Nací en muy buen momento… ¡Más me hubiera valido ser hijo de pastor!

—¿Y vuestra madre?

—¡Ah, mi madre…! Según a quién se pregunte, responderá que su actuación se debió al cariño por mí o a otras razones. Desde luego, don Juan y don Pedro le habían prometido que, si los apoyaba en sus pretensiones, le concederían mi custodia. Acaso le prometieron más cosas… Pero lo cierto es que, si se inclinaba por el primero de ellos, favorecía los intereses de su padre, el rey don Denís de Portugal, del que don Juan era aliado. Y no menos cierto es que mi padre, que se fiaba de ella tan poco como ella de él, había dispuesto que, de ocurrirle alguna desgracia, (¿ves como no vivía seguro?), fuera mi abuela quien se ocupara de mí. De todas formas, no pasó mucho tiempo en reunirse con mi padre. Y si los muertos pueden dialogar, ¿qué se dirían?

—Probablemente se lanzarían miradas llenas de reproches. Y perdonadme por el comentario.

—Probablemente fue así… O no. Para que haya reproches, es necesario que se dé una decepción, es decir un amor previo. Y dada la costumbre de que las bodas reales se hacen más por compromisos políticos que por amor, y esto lo sé yo muy bien, quizás no existió nunca ese amor. O que duró muy poco.

No, quizás no habría ni reproches. Algunas muecas despectivas…

III

Pero dejemos de lado este asunto. Como decía, se llegó a aquel acuerdo de tutoría compartida que no presagiaba nada bueno, pues los dos tutores se odiaban, eran muy poderosos y tenían la misma ambición: no compartir el poder.

—¿Para lo cual no hubieran dudado en matarse, siendo tío y sobrino?

—No, no lo hubieran dudado. En las familias poderosas, la ambición puede más que el amor. Y si se tiene una naturaleza pobre, si se sabe que se es personalmente poca cosa, esa ambición es doble: para tenerlo todo y para creerse superior. A la ambición se suma la soberbia.

—En ese caso, me extraña que no haya más muertes. El trono es muy codiciado…

—Claro que las hay. Pero deben ser muertes en las que el asesino no parezca haber intervenido, pues no se puede acceder al trono con las manos literalmente manchadas de sangre: la Iglesia no permitiría que alguien que ha pecado contra uno de los mandamientos llegara a sentarse en el trono. En ese caso, no le concedería la consagración ni el título de rey por la gracia de Dios. Es este título lo que frena.

—Permitidme otra reflexión. Así las cosas, supongo que hay que ganarse a los prelados, por una parte. Y, por otra, ¿cómo se ganan?

—Efectivamente, hay que ganárselos. Y eso se consigue a base de darles lo que piden, posesiones e influencia. Cuanto más les das, más te apoyan.

—En ese caso, son ellos los que deciden finalmente. ¿Y cómo se defiende uno de tal condicionamiento?

—Interviniendo en su nombramiento. Así de sencillo. Mezclando lo divino con lo humano. Y, en los tiempos que corren, eso es muy fácil.

—¿Y cómo se puede creer, y no digamos demostrar, que Dios está con el rey?

—Eso debes preguntarlo a los eclesiásticos, que dicen ser sus ministros y se esfuerzan en que nos lo creamos, o por lo menos lo aceptemos. Yo solo te puedo decir cuál es la situación, que yo no he creado como tampoco me interesa ir en su contra. Lo demás no es asunto mío.

—Os acabo de tender una trampa, aprovechándome de la confianza que me mostráis.

—¿Qué trampa es esa?

—Que yo conocía las respuestas a mis preguntas, pero quería saber cuál era la idea exacta que tenía un rey. Y, si me permitís, os puedo añadir algo más. No olvidéis que soy hombre de letras.

—Te lo permito.

—Pues bien, sabed que he leído muchos libros. Por eso, según dijisteis, os fijasteis en mí. Y de su lectura se puede concluir que, puesto que Dios no se equivoca, cuando un rey se comporta indebidamente es porque se ha apartado del camino que Él le había marcado, y, como consecuencia, ocurren desgracias, a él o al reino. Por el contrario, si actúa como supuestamente es debido, recibirá su ayuda. Y eso solo lo pueden afirmar los eclesiásticos, que son quienes los inspiran o escriben.

Para que lo veáis con más claridad: la invasión de los enemigos de nuestra fe fue el castigo a un pecado del famoso rey don Rodrigo. Y no olvidéis el caso de vuestro padre, cuya muerte fue también profetizada. Por el contrario, la aparición del apóstol Santiago combatiéndolos es un privilegio concedido no a todos los reyes, sino a aquellos que se distinguieron por seguir fielmente las instrucciones de la Iglesia, sin olvidar las donaciones y privilegios de todo tipo.

—Lo que dices debería haberlo sabido cuando empecé a reinar. Pero ahora…

—Ahora todavía es útil saberlo. Ese supuesto designio divino puede resultar determinante para lo que os quede de vida. Y no olvidéis que el pecado de don Rodrigo y el de vuestro padre es el mismo por el que podéis ser acusado vos: el desordenado amor por una mujer. Es, desde luego, una excusa para ocultar otras razones. Pero el desvío es evidente y los desórdenes de ahí derivados los conocéis muy bien.

—Sí…Sí… Y ahora empiezo a entender algunas cosas… El desfallecimiento que estoy sintiendo, por ejemplo. Tenía que haberte conocido mucho antes, me hubieras sido muy útil.

—No ha sido así y de nada sirve el lamentarse de lo no ocurrido. El camino que habéis recorrido es el que es, y habíamos quedado en que aquellos tutores…

IV

—Sí, aquella comprometida y delicada situación duró poco. En efecto, mis tíos tutores también murieron en la campaña militar contra el reino de Granada, como le había ocurrido a mi padre, de modo que quienes tendrían que ocuparse del reino ya no eran familiares tan cercanos. Como yo tenía entonces siete años, hubo que nombrar otros nuevos, ocasión magnífica para que afloraran los ambiciosos de siempre. Y el más ambicioso fue de nuevo…

—El Infante don Juan Manuel.

—El mismo. Ese ser insaciable de mando, siempre dispuesto a ocupar el puesto más alto sin reparar en medios, es decir empleando la intriga, la deslealtad, la traición.

—No deja de ser curioso, dado lo que escribió. Me refiero a un libro, que él llamó *de los Estados*, en donde proclama una conducta de rectitud que él, por lo que decís, no siguió en absoluto. Bien es cierto que en él declara que los acontecimientos mudan las cosas, de modo que lo que hay que decir o hacer en un momento es inconveniente decirlo y hacerlo en otro. Así, no hay contradicción entre dos conductas opuestas, lo que equivale a mostrarse unos días

respetuoso y otros rebelde. También dice, si mi señor me lo permite…

—Te lo permito.

—Pues en otro libro dice que el amor (quiere decir la amistad) de una persona por otra debe ser absolutamente desinteresado, reconociendo a continuación que nunca había conocido tal tipo de relación.

—Eso demuestra hasta qué punto era poco fiable y también que se sintiera insatisfecho de no ser él el rey. No olvidemos que era sobrino de mi bisabuelo don Alfonso X y yerno sucesivo del rey de don Jaime II de Mallorca y de don Jaime II de Aragón, sin contar que era cuñado de don Juan de Aragón, Arzobispo de Toledo, con el cual ha mantenido una relación muy tormentosa. Quizás pensó por todo eso que era una injusticia el no ser él el designado para ser mi único tutor, si es que no pensaba algo más…

—No entiendo lo que queréis decir.

—Pues es muy fácil. Basta con imaginar que, no teniendo yo ningún hermano, y habiendo muerto mis tíos (bueno, quedaba don Felipe, pero en principio no parecía hombre que hubiera que temer), me ocurriera algún accidente… Ese vacío de poder, sumado a sus alianzas familiares o de intereses, y tal como sabía moverse, hubiera hecho de él un buen aspirante al trono.

—Acaso estáis exagerando, señor.

—Acaso… Pero no puedo evitar ese pensamiento. Salvo mi abuela, nadie me ha inspirado mucha confianza. Mis primeros años son la mejor prueba de lo que digo. Quienes me tenían en mente, en realidad pensaban en ocupar el poder: mi crianza era la excusa y mi persona el instrumento.

V

Como decía, se reprodujo la misma situación con la segunda tutoría. Sin dejar pasar ni un día, don Juan Manuel instó a mi abuela a que se ocuparan ambos de la misma, reservándose para sí el gobierno y dejándole a ella el cuidado de mi crianza. Es inútil señalar que mi abuela no pudo oponerse a tal situación, pues, dejando de lado las razones de su edad y debilitamiento, don Juan Manuel se había ido atrayendo a muchos nobles, haciéndoles unas promesas que se resumían en permitirles todo tipo de abusos.

Pero he aquí que el alocado de mi tío don Felipe, que no lo veía con muy buenos ojos y temía lo peor para el reino, decide intervenir, desde luego a instancias de mi abuela. Y hasta tal punto se opuso al Infante, que incluso lo llegó a retar armas en la mano.

Por supuesto, don Juan Manuel evitó ese encuentro: no estaba hecho para tales combates. Ya lo irás comprobando por lo que te iré diciendo, si es que no lo sabías. Pero, cosas de la política, lo que parecía que iba a desencadenar una enemistad de consecuencias incalculables terminó en una alianza entre ambos. Y es que apareció un nuevo aspirante a

tutor, tan ambicioso pero mucho más belicoso que don Juan Manuel. Y este, que lo temía, se atrajo en la medida que pudo a don Felipe. El nuevo pretendiente era mi primo don Juan.

—Hay muchos Juanes en vuestra historia.

—En efecto, hay muchos Juanes. Este es hijo de mi tío abuelo don Juan, el que acababa de morir en Granada. Y para no confundirte, lo llamaremos tal como era apodado, el Tuerto.

—Le faltaba un ojo, obviamente.

—Sí, le faltaba un ojo, pero no solo físicamente: nunca tuvo una visión muy completa de las situaciones que tuvo que vivir. El caso es que, enardecido por su madre, también mostró su candidatura a la tutoría. Está claro que para ello también había hecho las mismas promesas que don Juan Manuel, y mucho más claro todavía que ciertos nobles prometían su apoyo a uno y a otro. Quizá no sabían de esos escritos de don Juan Manuel que has mencionado, pero conocían la conducta del autor.

Y como los tres contaban con apoyos y se veían como enemigos, mi abuela creyó que lo mejor o menos malo era nombrar tutores a los tres, temerosa de que cualquier otra opción llevara al reino a una ruina cada vez más galopante.

—¿No pensó que nombrando a los tres pudiera ocurrir lo mismo?

—Probablemente, ¿pero qué podía hacer, la pobre? Estaba ya muy ajada, más por los problemas que le habían llovido durante toda su vida que por los propios años. Estaba tan arruinada como el propio reino, así que no tardó en morir.

—Muerte que fue muy llorada por el pueblo.

—Y mucho más por mí. Yo tenía entonces nueve años y fue la primera vez que viví la experiencia de la muerte. La lloré profundamente. Se me fue con ella el cariño, la protección, los pocos mimos que había recibido en mi vida. Me vi completamente solo, desasistido, impotente e incapaz de

aceptar esa separación. Lloré, lloré, lloré, y aún lloro por ella. Su cuerpo yace en un frío sepulcro, pero su recuerdo reside cálidamente en mi corazón.

—¡Calmaos, señor, calmaos! Paremos un momento…

—Sí, la lloré, y ese dolor me ha perseguido siempre, todo el tiempo. Su ausencia me parecía más amplia que los cielos de Castilla. Por las noches miraba las estrellas para saber en cuál de ellas se encontraba. ¿En aquella que palpitaba? Le preguntaba a la noche dónde estaba y la noche me respondía con el silencio. Hice de la soledad una compañera y del vacío mi estancia.

VI

Sí, Castilla se encontraba arrasada, cada vez más, y la muerte de mi abuela, cuya presencia era el único freno para las distintas facciones, materializó la amenaza de la destrucción total del reino. El territorio sangraba por mil heridas: unos se aliaban con otros, estos a su vez traicionaban a aquéllos y al final todos se hacían la guerra. Las correrías por doquier de los distintos nobles hacían imposibles las cosechas, causando la ruina y el descontento sin cesar creciente de los labradores, de la población entera. Llegaron incluso a asaltar y matar a los peregrinos que iban a Santiago para robarles lo poco o mucho que llevaran.

—Y no solo eso, señor. Recuerdo que nadie se atrevía a salir a los caminos sino armado, o muy bien acompañado. Y que nadie se extrañaba si encontraba en esas salidas algún cadáver. Conocí muy de cerca aquella situación.

—Y, a todo esto, la Iglesia no solo no imponía la paz de su doctrina, sino que los grandes prelados participaban de alguna manera en este caos. Desde luego, no lo impedían. Ni nadie podía impedir que la gente, atemorizada y harta de

tanta destrucción, terminara despoblando sus lugares y se marchara a otros reinos.

—Mi familia conoció muy bien todo aquello. Y hubo quienes prefirieron emigrar a tierra de moros…